

Durante las últimas cuatro semanas viajé a ocho ciudades diferentes de Australia para dar conferencias sobre liturgia católica. Los católicos australianos creen firmemente en Dios, pero les preocupa que pocas personas asistan a la misa los domingos. El número es aún menor allá que aquí. Algunas diócesis allí cubren vastas áreas de territorio, y tienen pocos sacerdotes para servir. Sacerdotes de otros países se han mudado para ayudar. Los líderes de las diversas diócesis se conocen bien, y han forjado buenas amistades. Ellos se ayudan mutuamente a cargar su cruz.

Mis anfitriones estaban muy tristes por los disturbios raciales que ocurrieron en Ferguson Missouri este mes. Los australianos han tenido su propia historia de violencia, especialmente contra los aborígenes. Pero hoy parece que pueden mezclar diferentes razas y culturas mejor que nosotros, posiblemente debido a la gran variedad de personas que viven allí de todas partes del mundo.

En mi último día allí le estaba dando una charla acerca de los funerales a un grupo de sacerdotes, diáconos y seminaristas en la ciudad de Perth, muy por encima de la costa oeste. Durante un descanso recibí una inesperada llamada telefónica de mi prima, la Hermana Cathy Bertrand. Ella me dijo que su madre, mi tía Harriet, acababa de morir. Así que justo después de llegar a casa me fui a San Pablo Minnesota para el funeral. Harriet y su esposo Frank tuvieron tres hijos. Ambas hijas se convirtieron en miembros de las Hermanas Educadoras de Notre Dame. La Hermana Mary trabaja en Guatemala, y ambos mis primas compartimos un amigo que todos nosotros tenemos, un amigo que ahora vive en San Pablo Minnesota: El Hermano Jaime. También él vino al funeral de mi tía a ofrecer sus oraciones y apoyo.

Durante esta misa hoy estamos compartiendo una ocasión más feliz de **bautismos / una boda**. Nos regocijamos con las familias que están experimentando la gracia de Dios en sus vidas. Sin embargo, al mismo tiempo, estamos dolorosamente conscientes de las tragedias que se desarrollan más allá de Ferguson en Irak, Gaza, y Ucrania. Todos experimentamos momentos tristes, además de los momentos felices.

Creemos en un Dios benévolo. Traemos nuestras preocupaciones a Dios porque creemos que es la fuente de todo bien. Sin embargo, a veces nuestras pruebas continúan. En el evangelio de hoy, Jesús predica que él personalmente va a padecer. Pedro trata de disuadirlo de siquiera pensar en ello, y Jesús dice algo bastante sorprendente: Pedro está pensando como lo hacen los humanos, no como Dios piensa. Pedro pensó, como hacemos a menudo nosotros, que Dios quiere preservarnos de toda adversidad, pero Jesús dice que cada uno de nosotros tendrá que cargar su cruz.

No cargamos la cruz solos. Así como Simón de Cyrene ayudó a Jesús a cargar la cruz, Jesús nos ayuda a cargar la nuestra. Individualmente experimentamos dolores personales, y juntos compartimos las preocupaciones de los países lejanos. Creemos que de alguna manera misteriosa cada cruz es parte del plan de Dios. Aceptando nuestra cruz, no evitándola, podremos experimentar la gloria.